

DISCURSO DE MR. GEORGE MARSHALL

Pronunciado en la Universidad de Harvard el 5 de junio de 1947

No necesito decirles, señores, que la situación del mundo es muy grave, toda persona inteligente tiene que sentirlo así. Creo que una dificultad estriba en que, por ser el problema de tan gran complejidad, la misma masa de los hechos presentados al público por la prensa y la radio hace extremadamente difícil que el hombre de la calle pueda enjuiciar con claridad la situación. Además, las gentes de este país están lejos de las zonas de perturbación de la tierra y no pueden fácilmente percibir ni la apurada situación y las lógicas reacciones de unos pueblos que han sufrido durante largo tiempo, ni el efecto de esas reacciones sobre sus Gobiernos, en lo que atañe a nuestros esfuerzos para instaurar la paz en el mundo.

Al considerar las exigencias que impone la rehabilitación de Europa se estimaron correctamente las pérdidas en vidas humanas y la visible destrucción de ciudades, fábricas, minas y ferrocarriles, pero durante los últimos meses se ha puesto de manifiesto que esta destrucción visible es, probablemente, menos grave que la dislocación de la entera armazón económica europea. Durante los diez últimos años, las condiciones reinantes han sido sumamente anormales. Los febriles preparativos de guerra y el aún más febril mantenimiento del esfuerzo bélico, consumieron por entero las economías de las naciones. La maquinaria o se encuentra en estado irreparable o ha quedado completamente anticuada. Bajo la arbitraria y destructora dominación nazi, prácticamente todas las empresas viables quedaron incorporadas al engranaje de la máquina de guerra alemana. Antiguos lazos comerciales, instituciones privadas, bancos, compañías de seguros y empresas de navegación desaparecieron por perder su capital, por ser nacionalizadas o, simplemente, por destrucción. En muchos países la confianza en la moneda nacional ha quedado muy quebrantada. El hundimiento de la estructura mercantil en Europa durante la guerra fué completo. El hecho de no haberse llegado todavía, a los dos años de cesar las hostilidades, a un tratado de paz con Alemania y Austria ha retardado considerablemente la recuperación. Pero, aun en el caso

de una más rápida solución de estos difíciles problemas, la rehabilitación de la estructura económica de Europa requerirá, es seguro, un período mucho más largo y un esfuerzo mucho mayor de lo que estaba previsto.

Tiene una fase el problema que es, a la vez, interesante y grave. El agricultor siempre ha producido los alimentos para cambiarlos con el habitante de la ciudad por las otras cosas necesarias para la vida. Esta división del trabajo, que es la base de la civilización moderna, amenaza derrumbarse ahora. Las industrias urbanas no están produciendo las mercancías adecuadas para el cambio por los alimentos que produce el agricultor. El abastecimiento de primeras materias y combustibles no es suficiente. Falta maquinaria o está desgastada. El agricultor o el campesino no encuentran a la venta las mercancías que desean comprar. Así, consideran un mal negocio el cambio de los productos de su tierra por un dinero al que no encuentran utilización. Por eso han dejado de cultivar muchos campos para dedicarlos a pastos. Crían más animales, con lo que ellos y sus familias se encuentran ampliamente abastecidos de alimentos, aunque se vean mal provistos de vestidos y de todo lo demás que la civilización proporciona. Mientras tanto, los habitantes de las ciudades andan escasos de alimentos y combustibles, y los Gobiernos se ven así obligados a emplear sus divisas y créditos exteriores para obtener en el extranjero estos artículos de primera necesidad. Tal sistema agota los fondos que tan urgentemente se necesitan para la reconstrucción. De esta manera se está desarrollando rápidamente una situación muy grave que no augura nada bueno para el mundo. El sistema moderno de la división del trabajo, sobre el cual descansa el intercambio de productos, corre peligro de hundirse.

Lo cierto del caso es que las necesidades de Europa en alimentos y otros productos esenciales extranjeros —principalmente americanos— durante los próximos tres o cuatro años son tan superiores a su actual capacidad de pago que o ha de recibir aquélla una importante ayuda complementaria o tendrá que enfrentarse con una gravísima decadencia política, social y económica.

La solución está en romper el círculo vicioso y restaurar la confianza de los europeos en el futuro económico de sus propias naciones y en el de Europa en su integridad. El fabricante y el agricultor, en amplios territorios, han de poder y han de querer

cambiar sus productos por un dinero cuyo valor permanente esté fuera de duda.

Aparte de su efecto desmoralizador sobre el mundo entero y de los desórdenes que pueden surgir de la desesperación de los pueblos afectados, las consecuencias de esta situación para la economía norteamericana han de ser obvias para todos. Es lógico que los Estados Unidos hagan cuanto esté en su mano para contribuir al retorno del mundo a un estado normal de salud económica, sin el cual no puede haber estabilidad política ni puede asegurarse la paz. Nuestra política no se dirige contra ningún país o doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos. Su propósito debe ser el restablecimiento de una economía mundial en plena marcha que permita el resurgir de las condiciones políticas y sociales bajo las cuales pueden existir instituciones libres. Tal ayuda, estoy convencido de ello, no puede concederse fragmentariamente, conforme vayan surgiendo las crisis. Cualquier ayuda que este Gobierno conceda en el futuro debe procurar una curación y no un simple paliativo. Todo Gobierno deseoso de ayudar en la tarea de la recuperación encontrará, estoy seguro, la más completa cooperación en el de los Estados Unidos. Ningún Gobierno que manobre para bloquear la recuperación de otras naciones puede esperar nuestra ayuda. Aún más: aquellos gobiernos, partidos políticos o grupos que busquen la perpetuación de la miseria mundial, con el objeto de sacar ventajas políticas o de cualquier otra clase, se enfrentarán con la oposición de los Estados Unidos.

Pero antes que el Gobierno de los Estados Unidos pueda progresar mucho en sus esfuerzos para aliviar la situación y poner al mundo europeo en el camino de su recuperación, es evidente que las naciones de Europa tienen que llegar a un cierto acuerdo sobre las necesidades del momento y sobre el papel que a ellas mismas corresponde para asegurar el buen resultado de cualquier resolución que pudiera tomar este Gobierno. No sería propio, ni eficaz, que este Gobierno decidiera trazar unilateralmente un programa dirigido a levantar económicamente a Europa. Esta es misión de los europeos. Creo que la iniciativa tiene que venir de Europa. El papel de nuestro país debe consistir en ayudar amistosamente a la elaboración de un programa europeo y en apoyar ulteriormente ese programa hasta donde nos sea factible. El programa

debe ser de conjunto y aceptado por un buen número, si no por todos los países europeos.

Para el éxito de cualquier acción emprendida por los Estados Unidos es condición indispensable que el pueblo americano comprenda el carácter del problema y los remedios que han de aplicarse. Debe descartarse toda pasión política y todo prejuicio. Con espíritu previsor y buena voluntad por parte de nuestro pueblo para hacer frente a la enorme responsabilidad que, sin duda, la Historia ha cargado sobre nuestro país, las dificultades que acabo de bosquejar pueden ser y serán superadas.